Ana Galán

mondragó

CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES de las CUEVAS

DESTINO

Ilustraciones de Javier Delgado

Ana Galán

mondragó

CRÍAS DE DRAGÓN

DRAGONES de las CUEVAS

Ilustraciones de Javier Delgado

DESTINO

DESTINO INFANTIL Y JUVENIL, 2017
infoinfantilyjuvenil@planeta.es
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

© del texto: Ana Galán, 2017
© de las ilustraciones de cubierta e interior: Javier Delgado González, 2017
© Editorial Planeta S. A., 2017
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Primera edición: septiembre de 2017
ISBN: 978-84-08-17567-4
Depósito legal: B.14.908-2017
Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CAPÍTULO 1
UNA COMPETICIÓN DE VUELO

Era un lunes frío de otoño, y Cale y sus amigos —Casi, Arco y Mayo— estaban en el colegio, un castillo amurallado con dos torreones bajos y dos más altos donde, con frecuencia, se podía ver al director observando lo que pasaba. Un puente de madera cruzaba el foso que bordeaba la fortaleza y daba a una plataforma de piedra que rodeaba el gran edificio. A un lado del castillo se encontraban las dragoneras, las cuadras donde los alumnos

dejaban a sus animales mientras estaban en clase.

Cale había quedado allí con sus amigos a la hora del recreo para decidir qué iban a hacer con su misión. Los cuatro habían pasado el fin de semana ayudando al dragonero Antón a recuperar las crías de dragón que había robado la misteriosa banda de ladrones. A pesar de haber salvado a cuatro dragoncitos, Antón les había dicho que era una misión demasiado peligrosa y que no podía seguir poniéndolos en peligro. ¡Pero ellos no pensaban abandonar! ¡No iban a permitir que los ladrones se salieran con la suya!

Cuando Cale llegó, vio que Arco estaba ensillando a su dragón, Flecha. Casi y Mayo estaban hablando con él.

—¿Adónde vas? —le preguntó Cale.

—Vamos a echar una carrera —contestó Arco.

—¿Pero no íbamos a hablar de nuestro plan? —preguntó Cale claramente molesto.

—Terminaremos muy rápido, ya verás —dijo Arco subiéndose a la montura.

Sin darle tiempo a protestar, Arco le dio un toque de talones en los costados a su dragón, Flecha, y alzó el vuelo.

Cale vio a los otros chicos que iban a participar. Abel Crombi, uno de los mejores deportistas del colegio y el más popular entre las chicas, ya estaba calentando en el aire con su imponente dragón. También reconoció a algunos compañeros de su equipo de cruzadas, ese equipo al que Cale ya no pertenecía porque en lugar de ir a los entrenamientos, debía dedicarse a entrenar a Mondragó para que dejara de alborotar a los otros animales en el colegio.

Una chica levantó una bandera.

—¿Preparados? —preguntó a los participantes. Todos llevaron a sus dragones volando detrás de una línea imaginaria de salida—. ¿Listos? ¡YA!

Cale hubiera preferido hablar con sus amigos de lo que iban a hacer, pero una competición de vuelo en el colegio era demasiado emocionante para perdérsela. La plataforma de piedra estaba repleta de chicos, y desde las ventanas del castillo, se asomaban más alumnos para animar a sus compañeros.

Nada más dar la señal, los participantes salieron disparados. En cabeza iba Abel, seguido muy de cerca por Arco. Los dragones tenían que dar una vuelta completa al colegio.

—¡Vamos, Arco! —gritó Mayo.

—¡Tú puedes! —lo animó Cale.

Casi estaba inusualmente callado. Parecía estar preocupado por algo y no prestaba mucha atención a la competición.

En el aire, Arco seguía en segundo lugar. Una chica que volaba en un dragón rojo lo adelantó a toda velocidad, y cuando estaba a punto de alcanzar a Abel, ¡su animal le pegó un mordisco al dragón de este en la cola!

—¡FALTA! ¡FALTA! —gritó Mayo, que lo había visto todo.

Uno de los compañeros del colegio que hacía de juez a lomos de su dragón también lo vio. Señaló a la chica con una bandera roja y esta tuvo que abandonar la carrera.

Arco aprovechó la situación para adelantar a Abel. ¡Ahora iba el primero!

¡Unos metros más y llegaría a la meta!

Los espectadores gritaban y animaban como locos.

Arco ahora volaba con el pecho pegado al cuello de su dragón y miró hacia atrás para ver dónde estaba Abel. Al hacerlo, se le movió el casco ¡y le tapó los ojos!

—¡No veo nada! —gritó.

Por supuesto, Abel no perdió la oportunidad. Pasó al lado de Arco y lo adelantó en el último segundo. El juez de meta movió la bandera y anunció:

—¡El ganador es: Abel Crombi!

Un segundo más tarde, Arco cruzaba la meta con el casco todavía tapándole los ojos, seguido del resto de los participantes.

Arco se quitó el casco y tomó tierra al lado de sus amigos. Cale, Casi y Mayo se acercaron a animarlo.

—¿Habéis visto eso? Un poco más y gano —dijo Arco mientras se bajaba de su dragón y le daba palmaditas en el cuello.

Arco era así, siempre de buen humor y viendo el lado positivo de las cosas.

—Estuviste genial —opinó Mayo.

—Sí, Arco, cada día lo haces mejor —dijo Cale.

En ese momento, sonó la campana que anunciaba la hora de volver a clase.

—Se acabó el recreo —anunció Cale—. Supongo que hablaremos de nuestro plan después del colegio.

—No me esperéis. Todavía tengo que desensillar a Flecha y darle agua —dijo Arco.

—¡No llegues tarde! —sugirió Mayo—. Nos toca clase de armas, y ya sabes cómo es el profesor Trabuco.

Cale observó a Casi. Su amigo no había dicho ni una palabra. Ni siquiera le había dado la enhorabuena a Arco por la competición. Eso no era normal en él.

—Casi, ¿te ocurre algo? —preguntó Cale.

Casi miró a sus amigos y empezó a rascarse la cabeza nervioso.

—Yo, es que… —balbuceó—. Es que tenía que contaros que ayer por la noche, Antón me envió una paloma mensajera. Me pidió que fuera por la tarde a cuidar a las crías mientras él iba a investigar con varios hombres al castillo de Wickenburg a ver si encontraban a la banda de ladrones…

¿Cómo? ¿Antón solo contaba con Casi para ayudarlo? ¡Después de todo lo que habían hecho Cale, Mayo y Arco para recuperar a las crías! Cale se quedó pensando y decidió que no debía enfadarse con Casi. Su amigo no tenía la culpa.

—No te preocupes —le dijo—. Nadie mejor que tú cuidaría a esos dragones.

—¿De verdad que no os molesta? —preguntó Casi.

—¡Por supuesto que no! —dijo Cale.

Casi se quedó más tranquilo al ver que sus amigos lo entendían.

—¡Llegamos tarde a clase! —dijo Mayo, y los tres salieron corriendo por los pasillos de piedra hasta su clase, mientras Arco metía a Flecha en las dragoneras.

Cruzaron la puerta del aula. Por suerte, el profesor Trabuco todavía no había llegado.

—¡Justo a tiempo!